

Una iglesia que se reafirma en el valor de la confesión

Dr. Justo L. González



Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo) en Puerto Rico

© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>
info@aeth.org

Una iglesia que se reafirma en el valor de la confesión

El tema que se me ha asignado es "una iglesia que se reafirma en el valor de la confesión". Pero ¿qué es eso de confesar? La palabra misma tiene diversas acepciones, todas ellas pertinentes a nuestra situación y nuestra misión. De esas diferentes acepciones me di cuenta hace muchísimos años, cuando de niño leía en el santoral que venía a veces al dorso de las páginas del almanaque, "Fulano de Tal, confesor y mártir", o sencillamente "San Mengano, confesor". Para mí un confesor era un sacerdote que se sentaba en el confesionario y oía confesiones. Me parecía extraño entonces que se llegara a ser santo, con un día especial reconocido en el santoral, para quien no había hecho más que oír confesiones. Y, para mayor confusión, también veía que el santoral a veces celebraba a "Santa Zutana, confesora". Yo nunca había visto una mujer que fuera sacerdote católico, y mucho menos sentada en el confesionario oyendo confesiones de otros. ¿Sería entonces que esas mujeres habían llegado a ser santas nada más que porque iban al confesionario a contar acerca de sus pecados? ¡Si así fuera, el santoral debía haber sido, no la lista que yo conocía al dorso del calendario, sino toda una biblioteca con nombres y más nombres! Nada más en mi cuadra, yo conocía varias personas que se confesaban al menos todas las semanas. ¿Sería entonces que cuando murieran habría que poner sus nombres al dorso de los almanaques?

También había oído hablar de las *Confesiones* de San Agustín. En mi casa, en la biblioteca de mis padres, había un ejemplar. Era un grueso tomo de más de mil páginas. ¡Y así pensaba yo que

San Agustín debió haber sido un tremendo pecador, si le hacían falta tantas páginas para confesar sus pecados!

Fueron pasando los años, y aquello quedó olvidado como uno de esos muchos misterios que de niños nos fascinan y después, en medio del ajetreo de la vida, quedan relegados a un rincón oscuro de nuestras mentes, hasta que algún otro acontecimiento nos lleva a desempolvarlos y quitarles las telarañas.

Para mí, ese acontecimiento desempolvado fueron mis primerísimas incursiones en la historia de la iglesia. Esas primeras incursiones fueron algo indirectas, pues mi hermano fue al seminario, y al regresar a casa algunos fines de semana le escuché hablar con mi padre de la "Confesión de Augsburgo" y de la "Confesión de Westminster". Puesto que se decía que la Confesión de Augsburgo marcaba el inicio de la Iglesia Luterana, me imaginaba yo a todos esos luteranos haciendo cola para entrar al confesionario en Augsburgo, y luego a otros tantos presbiterianos haciendo lo mismo en Westminster. Poco a poco, escuchando y preguntando, llegué a entender que las tan mentadas confesiones de Augsburgo y de Westminster no eran dos asistencias en masa al confesionario, sino dos documentos. Por fin, un poco más tarde, alguien me explicó que lo que el santoral llamaba un "confesor" no era una persona que oía confesiones, sino una persona que confesaba y afirmaba su fe en medio de las presiones y las torturas de la persecución. En otras palabras, un "confesor" es una persona que afirma y reafirma su fe y sufre por ella, pero por alguna razón no llega al martirio. Lo que le dio el título

de santo a Máximo el Confesor, por ejemplo, no fue su práctica sacerdotal en el confesionario (que en su tiempo no existía) sino su firmeza entre la presión y la persecución. ¡Ahora por fin comprendía cómo santos Fulano y Zutana podían ser confesores sin tener que haber sido sacerdotes ni haber escuchado confesión alguna.

Todo eso lo cuento en parte porque a los viejos nos gusta hacer reminiscencias, pero sobre todo porque al hablar de una iglesia que confiesa debemos tener en cuenta las diversas acepciones de ese verbo, al parecer tan sencillo, "confesar".

Veamos primero la más común de esas acepciones, según la cual "confiesa" quien reconoce y declara su pecado. Así se emplea en la Biblia en varios lugares, de los cuales probablemente el más conocido es el pasaje de Primera de Juan: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn 1:9). En ese sentido, el verbo "confesar" se utiliza, no sólo en la iglesia, sino en la sociedad común, particularmente en los foros jurídicos, donde se dice, por ejemplo, que el acusado confesó su crimen. Lo que esto quiere decir es que el acusado reconoce que fue él quien cometió el hecho que se investiga. Esto se parece a lo que quiere decir Primera de Juan al exhortar a sus lectores a confesar sus pecados. En este sentido, el llamado a la confesión es ante todo un llamado a reconocer el pecado. Luego, una iglesia que confiesa es ante todo una iglesia que reconoce su pecado. Es una iglesia que clama como el salmista: "Yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí" (Sal 51.3).

Notemos, sin embargo, que, puesto que el tema es "una iglesia que confiesa", al hablar de la confesión de pecados no nos referimos únicamente a los pecados de los miembros de la iglesia como individuos. Nos referimos también a los pecados de la iglesia como colectividad y como institución. Y es esto lo que muchas veces se nos hace difícil.

Se nos hace difícil en primer lugar por nuestro individualismo. Tanto la cultura circundante como la predicación misma de la iglesia han sido excesivamente individualistas. Se trata de mi salvación, mi pecado, mis relaciones con Dios. Eso es importante. Pero en la Biblia se habla también de nuestra salvación, de nuestro pecado, nuestras relaciones con Dios. Con demasiada frecuencia nuestra fe se expresa y se vive en primera persona singular—yo—cuando en realidad debe vivirse y expresarse en plural—nosotros y nosotras. En el texto mismo de Primera de Juan se dice que si confesamos nuestro pecado. . . Pero, al contrario de esto, en muchos de nuestros cultos, aun cuando sean actividades comunitarias, cantamos en singular, le hablamos a Dios como si cada uno estuviera solo o sola, y la comunidad parece deshacerse en una serie de relaciones individuales con Dios. Nuestro individualismo nos hace difícil, no solamente ser una "iglesia que confiesa", sino sencillamente ser una iglesia.

Aquí podemos hacer una pauta para señalar que, aun etimológicamente, la palabra "confesar" implica comunidad. La partícula "con" es la misma que usamos todavía en palabras tales como confraternidad (quienes son hermanos juntos), compañerismo (partir el pan juntos), y otras tales como compartir y compadecer. Y la otra parte de la palabra es un antiguo verbo latino que

en tiempos clásicos quería decir lo que hoy muchas veces entendemos por "confesar"—es decir, declarar lo que hemos hecho y no ocultarlo. En griego sucede algo parecido, aunque el verbo que se usa más corrientemente en el Nuevo Testamento se compone de tres raíces. La tercera quiere decir "hablar". La segunda, significa "igual", "de igual modo". Y la tercera es un prefijo que indica hacia fuera. Luego, etimológicamente, *exomologéo* quiere decir declarar juntamente en alta voz. Aunque a veces se usa para la acción de un individuo, el sentido mismo de la palabra da a entender que se trata de una acción en conjunto y pública. Y lo que la etimología nos señala, la historia lo confirma, pues en la iglesia antigua la confesión de pecados era parte del culto de la comunidad, y se hacía en público y en común. Fue sólo más tarde que poco a poco, por diversas razones, la confesión privada se fue volviendo más común, hasta llegar a ser prácticamente la única. Tanto etimológica como históricamente, la confesión de pecados no es solo cuestión de nuestra relación privada con Dios, sino que es también y ante todo cuestión de la relación entre la comunidad toda y Dios.

La otra razón por la que se nos hace difícil ser una iglesia que confiesa su pecado es que frecuentemente nos preocupamos demasiado por el prestigio de la iglesia, sin percatarnos de que muchas veces ha sido precisamente esa preocupación lo que más ha desprestigiado a la iglesia. Si alguno de nosotros hace algo indebido, posiblemente lo confesemos. Pero decir que la iglesia ha hecho algo indebido es como traicionarla, como debilitar su testimonio. Por eso no nos gusta que se diga—y mucho menos nos gusta decir—que la iglesia en su totalidad—no solo nuestra iglesia local, ni siquiera solo nuestra denominación—ha sido cómplice y partícipe de

muchas injusticias, que con demasiada frecuencia se ha olvidado de los necesitados, que se le hace fácil creerse mejor que el resto de la humanidad. Decir tales cosas nos parece una falta de respeto.

Pero la verdad es todo lo contrario. Parte de la gloria de la iglesia está precisamente en ser un pueblo capaz de confesar su pecado. Parte de la dicha de los creyentes es precisamente el hecho de que podemos confesar nuestros pecados, no porque seamos buenas personas, sino porque tenemos un Dios bueno. Ya lo dijo Juan: "Si confesamos nuestros pecados Dios es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados." Cuando confesamos nuestro pecado nos declaramos hijas e hijos del Dios perdonador, del Padre que acoge al pródigo con los brazos abiertos. Cuando la iglesia se confiesa pecadora se declara pueblo del mismo Dios perdonador, del Dios que le dice a su pueblo: "Venid luego, y entremos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Is 1.18).

Luego, confesar el pecado—confesarlo de veras—es también confesar a Dios. Y ese será nuestro próximo punto. Pero antes de pasar adelante conviene que nos detengamos por unos instantes a considerar una distinción de importancia que los teólogos medievales hacían. Se trata de la distinción entre lo que llamaban "atrición" y la "contrición". Según decían ellos, hay dos tipos de arrepentimiento. Hay el arrepentimiento por miedo a las consecuencias. Y eso es lo que llamaban atrición. Practica la atrición el político cuyos malos manejos de descubre, y trata de

salir del asunto con mucho llanto ante la prensa. En tal caso, no cabe duda de que está arrepentido. Pero está arrepentido, no por el mal que hizo, sino por lo que el mal que hizo puede ahora hacerle a él. De igual modo, practicamos la atrición cuando nos arrepentimos, o bien porque nos han descubierto, o bien por miedo a las consecuencias de lo que hemos hecho. En cuestiones religiosas—y es en ese contexto que los teólogos hicieron esta distinción—la atrición es arrepentirse por miedo a las consecuencias del pecado. Practica la atrición el político cuyas artimañas se descubren. Pero también la practica el cristiano que se arrepiente por miedo al infierno.

La atrición no es mala. Ciertamente es mucho mejor que el pecado inconfeso. Lo que es más, es posible que la atrición lleve a la contrición. Pero la verdadera contrición, la verdadera confesión de pecado, es la contrición.

La contrición es el arrepentimiento que tiene lugar cuando nos dolemos profundamente debido al contraste entre quien Dios es y desea que seamos, por una parte, y quienes de hecho somos por otra. La contrición nada tiene que ver con el castigo, con el miedo, o con que las cosas se descubran. En nuestra literatura castellana, la expresión clásica de la contrición es el famoso soneto anónimo:

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan
temido para dejar por eso de
ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme
el verte clavado en una cruz y
escarnecido; muéveme el ver tu
cuerpo tan herido; muéveme tus
afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal
manera, que aunque no hubiera cielo, yo
te amara, y aunque no hubiera infierno,
te temiera.

No me tienes que dar porque te
quiera, pues aunque lo que espero no
esperara, lo mismo que te quiero, te
quisiera.

Cuando los creyentes practican tal contrición, cuando la iglesia la practica, no estamos
solamente confesando nuestras faltas, nuestros errores, nuestros pecados, sino que estamos
también confesando al Dios de amor que se duele por nuestros pecados, que sufre por nuestros
pecados mucho más de lo que nosotros jamás podamos dolernos por ellos, y mucho más de lo
que serían siglos interminables de sufrimiento en el infierno. Cuando la iglesia practica tal
contrición, no está diciendo solamente que ha hecho mal, sino que está diciendo también y
sobre todo que su Dios es un Dios de amor, que su Dios es un Dios perdonador, que su Dios es
un Dios que se da a sí mismo por los pecados de la humanidad y de la iglesia misma.

Es por eso que antes decíamos que confesar el pecado—confesarlo de veras—es también
confesar a Dios. Y esto nos lleva al segundo sentido de la palabra "confesar". En este
segundo sentido, confesar es afirmar algo acerca de Dios y su verdad. Esto fue lo que
hicieron aquellos "confesores" y "confesoras". En tiempos de serias dificultades,

frecuentemente bajo tortura y bajo amenaza de muerte, confesaron su fe en Cristo. Esto fue lo que hizo San Agustín en aquellas voluminosas *Confesiones* que veía yo en la biblioteca en casa: confesó o declaró los muchos medios en que Dios le había manifestado su misericordia, trayéndole a la fe. Y esto fue lo que se hizo en aquella famosa “Confesión de Augsburgo” de que hablaba mi hermano al regresar del seminario. Allí, en el año 1530, un grupo de príncipes y líderes alemanes se atrevieron a enfrentarse al emperador Carlos V y presentarle un documento en el cual declaraban su fe luterana. Ese texto, llamado la “Confesión de Augsburgo”, vino a ser entonces el documento constitutivo de toda la tradición luterana, de modo que por algún tiempo las iglesias que hoy llamamos “luteranas” se daban a sí mismas el nombre de “iglesias de la Confesión de Augsburgo”.

De tales actos de confesión surgen documentos que también se llaman “confesiones”. Tal es la “Confesión de Augsburgo,” y tales son los antiguos credos cristianos. Y, en cierto sentido, tal fue aquella primigenia confesión, *Xristos Kyrios*.

Pero antes de seguir adelante tenemos que hacer una advertencia paralela a la que hicimos respecto a la confesión de pecados. Aquí también corremos el peligro de entender las cosas de un modo excesivamente individualista, y de perder por tanto el sentido comunitario que tiene la confesión de fe. Se cuenta de un joven monje ortodoxo que fue a ver a su superior para decirle que tenía dificultades con algunas palabras del Credo, y para pedirle consejo. La respuesta del anciano fue sencillamente: “Sigue diciéndolo.” Al poco tiempo volvió el joven:

"Todavía tengo dificultades." Y otra vez el anciano le dijo: "Sigue diciéndolo." Por fin, tras varias idas y venidas, el joven preguntó exasperado: "Por qué me aconsejas que siga diciéndolo, ¿si todavía tengo dificultades?" Y el anciano le respondió: "Porque no es tu Credo. Es el Credo de la iglesia."

Lo que aquel sabio anciano quería que el joven monje entendiera es que cuando la iglesia confiesa su fe, no confiesa ante todo las creencias de cada miembro particular, sino que confiesa su fe como cuerpo, como comunidad, como un todo. Recordemos una vez más que confesar es confesar; es declarar en conjunto.

En este sentido, ser una iglesia que confiesa es ser una iglesia que declara su fe, que se define a sí misma en términos de esa fe, y que se mantiene firme en ella no importa cuáles sean las circunstancias. El caso más notable en tiempos recientes tuvo lugar en 1934, bajo el régimen Nazi en Alemania, cuando un grupo de teólogos y líderes alemanes redactaron, firmaron y proclamaron la "Declaración de Barmen", un documento en el que, frente a las pretensiones totalitarias de Hitler y sus secuaces, se declaraba entre otras cosas que "rechazamos la falsa doctrina, según la cual la iglesia puede y debería reconocer como fuente de su proclamación, aparte de y además de la Palabra de Dios, otros acontecimientos y poderes, personajes y verdades, como revelación de Dios". Y la "Declaración" añadía: "Rechazamos la falsa doctrina que pretende que hay áreas en nuestra vida en las que no pertenecemos a Jesucristo, sino a otros señores—áreas en las que no necesitamos la justificación y santificación que vienen de

él." Y, "Rechazamos la falsa doctrina, que la iglesia puede abandonar la forma de su mensaje y de su orden como le convenga o para acogerse a las ideologías dominantes y a las convicciones políticas." En todo esto, los firmantes de la "Declaración de Barmen" declaraban abiertamente su negativa a ajustarse o amoldarse a las pretensiones de la ideología nazi, que pretendía hacer del nacionalismo y del gobierno del Reich fuentes de autoridad a la par del evangelio y por encima de él.

De ese valeroso acto surgió la Iglesia Confesante, que recibió ese nombre precisamente porque confesó la fe en tiempos harto difíciles, y que pagó por su osadía con opresión, tortura y muerte.

Una iglesia que confiesa fue aquella iglesia de los primeros siglos cuya confesión, mucho más breve que la de Augsburgo o la de Barmen, consistía sólo en dos palabras: *Xristos Kyrios*—Cristo es el Señor. Dos breves palabras; pero dos palabras que desafiaban el orden todo del Imperio y de la sociedad. *Xristos Kyrios* era el reto que la iglesia le lanzaba a los emperadores que, a partir de Domiciano, insistían en la afirmación central de la ideología imperial, *Kaesar Kyrios*—César es el Señor. El Emperador tenía sus legiones, sus millones de súbditos, sus arcas del tesoro, sus gobernadores que tenían el derecho de imponer la pena de muerte. En el orden de lo puramente humano, parecía claro que el Emperador, el César, era el señor y gobernante de todo cuanto había. Pero no. Frente a aquel majestuoso e imponente imperio los cristianos se atrevían a declarar *Xristos Kyrios*.

Xristos Kyrios. Cristo es el señor del Imperio, aunque el Imperio no sepa. Cristo es el Señor del Emperador, por mucho que el Emperador se crea libre y soberano.

Xristos Kyrios. Cristo es el Señor de la creación, y del conocimiento, y de la historia.

Es Señor de la creación, porque como dice el prólogo del Cuarto Evangelio, "todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho" (Jn 1:3). El mundo es suyo, y sigue siendo suyo aunque los suyos no lo reconozcan. Suyos son, no solamente la iglesia y los creyentes, sino esos distantes astros cuya luz tarde millones de años en llegar a nuestros ojos. Y suyas son también las ínfimas partículas subatómicas. Suyo es el espacio intergaláctico, y suyos los intersticios interatómicos. O como diría el salmista en un tiempo en que se pensaba que el mar era la habitación de terribles monstruos malignos, "Suyo también el mar, pues él lo hizo, y sus manos formaron la tierra seca" (Sal 95:5).

Y *Xristos Kyrios* quiere decir también que nuestro Señor es Señor de todo conocimiento, de toda sabiduría y de toda ciencia. Esto lo afirma también el prólogo del Cuarto Evangelio al declarar que él es "la luz verdadera que viene a todo el que viene a este mundo" (Jn 1:9). Desde tiempos antiquísimos, los mejores pensadores de entre los cristianos tomaron esto muy en serio, y entendieron por ello que no hay conocimiento, que no hay sabiduría, que no hay ciencia, que no venga de este que se encarnó en Jesucristo y a quien llamamos Señor de Señores. Otros pudieron haberse amedrentado ante los grandes conocimientos de la Grecia clásica, o ante las

observaciones astronómicas que se hacían en Mesopotamia y en Egipto, o ante los adelantos geométricos de Egipto. Pero no. Aquellos creyentes, precisamente porque estaban convencidos de que Jesucristo es el Señor, lo tomaron todo como don del mismo Dios que les había dado a Jesucristo.

Y, por último, *Xristos Kyrios* quiere decir que Jesucristo es Señor de la historia. Ese fue quizá el mayor y más audaz atrevimiento de aquellos antiguos cristianos. Vivían en medio del más grande imperio que la historia había conocido. En medio de ese imperio, todos pensaban que las grandes decisiones se estaban tomando en Roma. Es decir, todos menos aquellos audaces cristianos, que se atrevieron a hacer la confesión absurda de que Jesucristo es el Señor—de que este Jesucristo, nacido en un rincón del Imperio en medio de un pueblo subyugado y despreciado, ese Cristo, y no el César, era el Señor de la historia.

AETH

Tal es el sentido profundo de la resurrección de Jesucristo. No es solamente cuestión de probar que hay vida después de la muerte. No es solamente cuestión de probar que Dios le favorecía. Es sobre todo cuestión de que no hay poder, ni en la tierra, ni en el cielo, ni en el infierno, que pueda detenerle, por muy poderosos que parezcan ser los señores de este mundo. En última instancia, el fin de la historia no lo determinará César, ni lo determinará Bush, ni lo determinará la OPEC, ni China, ni la Unión Europea, ni los terroristas musulmanes. El fin de la historia lo ha

determinado ya, y lo ha señalado ya, el Señor de los Ejércitos, quién levantó a Jesucristo de entre los muertos.

Todo eso es confesar. No es solo cuestión de declarar que somos pecadores; es también cuestión de declarar quién es este que perdona nuestros pecados. Es así que el término se utiliza en el cuarto capítulo de Primera de Juan: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios" (1 Jn 4:1-3).

Confesar no es entonces hablar solamente de nuestro pecado, sino que es sobre todo hablar acerca del que perdona nuestros pecados, que no es otro que el Señor de toda la creación, de toda la ciencia y de toda la historia.

Lo que se confiesa en este sentido es de suma importancia, confesar que *Xristos Kyrios* era equivalente a declarar que el César no era tan poderoso como se imaginaba. En el caso del pasaje en Primera de Juan, confesar que Jesucristo es venido en carne era equivalente a rechazar toda una serie de supuestos evangelios espiritualizantes que pretendían ser el verdadero mensaje de Jesús, y que negaban que Jesús hubiera venido en carne, pues para ellos solamente lo espiritual era importante. Pero no; Juan lo dice claramente: "Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios."

¿Por qué es que Juan declara que esa confesión es de tal importancia que es lo que distingue al Espíritu de Dios de todo otro espíritu? Porque esa confesión es el centro mismo del evangelio. Había entonces—y hay todavía hoy—quienes pensaban que la verdadera religión era cuestión puramente espiritual. Lo importante son los asuntos del alma, de ver cómo nos las arreglamos para ir al cielo, pues después de todo el cuerpo y las cosas físicas no tienen gran importancia. Dividían la realidad en dos, lo material y lo espiritual, y afirmaban que lo espiritual era lo único que contaba. Y había otros—como los hay hoy—que pensaban que no había otra realidad que la del cuerpo. Y entonces, como hoy, los primeros se consideraban muy religiosos, y los otros muy de avanzada. Lo que todas estas posturas, sean de un bando o de otro, tienen en común es que afirman solamente una parte de la realidad. Lo otro no cuenta. Lo otro no existe—o, si existe, es de menor importancia.

Frente a esto, Juan propone un Señor que es Señor del espíritu y de la carne, un Señor que no es un fantasma, ni un ente puramente religioso, sino un ser humano de carne y hueso que es también aquel por quien todas las cosas fueron hechas, y quien es también la luz que alumbra a toda persona que viene a este mundo. Eso es lo que distingue la verdadera confesión cristiana. Eso es lo que implica afirmar plenamente que Jesucristo es el Señor: "Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne no es de Dios." Se puede ser muy religioso, muy espiritual, muy devoto; pero si esa religiosidad, esa espiritualidad y esa devoción no se fundamentan en este Jesucristo que ha venido en carne, parecerán muy buenas, pero no son de Dios.

Eso es lo que implica confesar que *Xristos Kyrios*, que Jesucristo es el Señor.

¿Qué será para nosotros hoy, aquí en Puerto Rico, eso de confesar a Jesucristo—de confesarle señor de carne y hueso, pero también señor resucitado, señor de la creación y de la historia?

Eso es algo que la iglesia en Puerto Rico tiene que descubrir sobre la marcha, según las circunstancias y los desafíos vayan cambiando. Pero en cierto sentido, confesar a Jesucristo aquí hoy quiere decir lo mismo que ha querido decir siempre y en todo lugar: que no hay otro Señor que Jesucristo. Que este Jesucristo quien es nuestro Señor y el Señor de la iglesia es Señor de toda la creación, Señor de toda verdad, Señor de toda la historia.

Veamos estos tres puntos por orden: Señor de toda la creación, Señor de toda verdad, Señor de toda la historia.

Decir que Jesucristo es Señor de toda la creación quiere decir que no hay ámbito alguno que le sea ajeno. Confesar, declarar en voz pública y en la vida toda, que Jesucristo es aquel "por quien todas las cosas fueron hechas, y sin quien nada de lo que ha sido hecho fue hecho" es declarar que nuestra fe tiene que ver con toda la creación. Nada hay que le sea ajeno a nuestra fe, ni al Señor de nuestra fe. Con demasiada frecuencia los creyentes en Cristo nos hemos mostrado timoratos ante esa enorme creación de Dios. Hemos actuado como si la iglesia y las cuestiones religiosas fuesen el ámbito seguro en el cual Dios nos protege, y como si todo lo demás fuese un amenazante reino de las tinieblas. En esto no hemos sido como aquel salmista que acabo de

citar, quien aun viviendo en medio de una sociedad en la que se pensaba que el mar estaba bajo el dominio de monstruos indescritibles y de poderes malignos, se atrevió a declarar—a confesar—"suyo es el mar, pues él lo hizo". Y por eso hemos descuidado esa creación de la cual somos parte y cuyos mayordomos somos en nombre de Dios. Si Jesucristo es Señor de la creación, y si somos mayordomos suyos, tenemos la obligación de administrar esa creación según su beneplácito, y no según nuestra conveniencia o nuestros intereses. Pero no es eso lo que hemos hecho, y por tanto hoy se nos hace difícil mirar los lirios del campo o las aves del cielo sin ver destrucción, contaminación y muerte.

Luego, confesar hoy que Jesucristo es el Señor no es solo cuestión de decirlo en la iglesia, o de cantarle himnos de alabanza, todo lo cual es bueno, sino que es también cuestión de defender esa creación cuyo Señor no son las grandes corporaciones que la quieren explotar, sino que es Jesucristo, Señor de Señores y Rey de Reyes.

Pero según la antigua confesión de la iglesia *Xristos Kyrios* no quiere decir sólo que Jesucristo es el Señor de la creación, sino también que Jesucristo es el señor de todo conocimiento, de toda verdad y de toda ciencia. Doquiera haya verdad, ello se debe a ese Verbo eterno de Dios quien es la luz que alumbra a todo el que viene a este mundo, y sin el cual no hay luz, ni hay conocimiento, ni hay verdad. Fue por eso que aquellos pensadores cristianos de antaño se sintieron llamados a mirar a la filosofía en torno suyo y ver en ella la huella del Verbo, y a servir

a ese mismo Verbo eterno de Dios, al Cristo de Dios, en el campo de los conocimientos y de la ciencia.

Decir que Jesucristo es el Señor de todo conocimiento y de toda ciencia y de toda sabiduría quiere decir que toda verdad y todo conocimiento viene de él. Ciertamente, a esta humanidad caída y pecaminosa le es posible usar de los conocimientos para mal. Le es posible construir armas cada vez más mortíferas. Le es posible crear nuevos y más poderosos métodos de explotación y de opresión. Pero con todo y eso, como creyentes que confesamos que Jesucristo es el Señor no podemos retraernos de los conocimientos y de la ciencia moderna, como si se tratara de algo ajeno a nuestra fe y a nuestro Señor. ¡No! Doquiera hay verdad, doquiera hay sabiduría, allí está el Verbo eterno de Dios, la luz que alumbra a todo el que viene a este mundo, el Verbo que se hizo carne, y vimos su gloria, gloria como del unigénito Hijo de Dios.

Luego, ser una iglesia que confiesa a Jesucristo como Señor del conocimiento quiere decir que tenemos que abandonar nuestras actitudes tímidas ante los estudios y ante la ciencia. Con demasiada frecuencia oímos decir: "Muchacho, no estudies eso, que te van a quitar la fe." Pero lo cierto es que la fe nos dice todo lo contrario: "Muchacho, estudia eso, porque mientras más penetres en los misterios del universo más te acercarás al último de los misterios, al Señor de nuestra fe, al Señor de la creación y de la ciencia." Ser una iglesia que confiesa a Jesucristo es ser una iglesia que mira al mundo de los estudios y del conocimiento como quien está

absolutamente convencida de que en ese mundo, aun antes de llegar los creyentes, ya estaba nuestro Señor haciendo cumplir sus propósitos.

Y, en tercer lugar, confesar *Xristos Kyrios* es declarar que Jesucristo es Señor de la historia. No sólo de esa historia pasada que leemos en los libros, o que vemos en los monumentos, o que celebramos en días especiales, sino también y sobre todo de la historia de hoy, de la que vivimos, y de la historia del mañana, de la que esperamos. Aquellos primeros cristianos sabían que ni siquiera el Emperador podía sobreponerse al señorío de Jesucristo. Aquellos alemanes que firmaran la “Declaración de Barmen” sabían que ni siquiera el tan temido gobierno de Hitler podía sobreponerse al señorío de Jesucristo. Y nosotros hoy, como iglesia que confiesa que Jesucristo es el Señor, tenemos que tener muy claro que ningún gobierno, ni ningún partido político, ni ninguna ideología política, ni ninguna otra lealtad, puede sobreponerse al señorío de Jesucristo y a la lealtad a él.

AETH

La iglesia tiene que participar de la vida de la sociedad, de su política, de su economía. Tiene que hacerlo por dos razones. La primera es que es inevitable. Quien dice que no participa en la política, ya por ese mismo hecho está participando, aunque sea negativamente. Quien dice que no participa de la vida económica, sigue participando de ella, gústele o no. Pero la segunda razón es mucho más importante, puesto que nace de nuestra propia fe. La iglesia tiene que participar en la vida de la humanidad, porque es una iglesia que confiesa. Es una iglesia que confiesa a un Señor que vino a participar de esa vida; porque el Espíritu de la iglesia, como Juan

dice, que no es otro que el Espíritu Santo, la lleva a confesar que Jesucristo ha venido en carne. Porque esa confesión es precisamente lo que distingue a la fe cristiana de todas esas falsas espiritualidades que circulan en nuestros días, y que han circulado en todo tiempo, que pretenden que la verdadera religión consiste en dedicarse a la meditación y a las cosas puramente espirituales, sin ocuparse del prójimo, como si Dios se ocupara solamente de la religión, y no de la creación toda; como si Dios nos hubiera dado un mensaje puramente espiritual, escrito en el cielo, en lugar de venir a vivir en medio nuestro, para en medio nuestro morir, y para resucitar en anticipo de nuestra propia resurrección. Ya lo dijo Santiago, "la religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones (Stg 1:27).

Permítaseme repetir e insistir sobre un punto que dije antes, pero que es necesario recordar antes de pasar al próximo punto. Esto es que la verdadera confesión de pecados, la que surge de la verdadera contrición, y no de una mera atrición o temor al castigo, se basa en la confesión de fe. Nos atrevemos a confesar nuestro pecado porque confesamos y sabemos que Dios es bueno, que Dios nos ama, que Dios nos espera como el padre esperaba al pródigo. Es por eso que nos atrevemos a confesar el pecado.

Pero la contraparte es también cierta. Si el amor de Dios es lo que nos abre el camino para confesar el pecado, es nuestra confesión de Dios, lo que sabemos acerca del amor de Dios, lo que pone de manifiesto nuestro pecado y nos obliga a confesarlo. Si Dios no fuera quien es,

nuestro pecado no sería tan abominable como lo es. Si Jesucristo no hubiera dado su vida por la nuestra, no sería tan trágico el que nos empeñemos en vivir nuestra vida como nos parece, y no como él requiere.

En breve, nos atrevemos a confesar porque sabemos quién es Dios, y al mismo tiempo el confesar quién es nuestro Señor nos obliga a vernos como pecadores y a confesar que lo somos. Es precisamente lo que confesamos al decir que Jesucristo es el Señor lo que nos obliga a confesarnos pecadores. Somos pecadores porque nuestra vida no se ajusta a quién declaramos ser nuestra vida. Cuando aquella antigua iglesia proclamaba *Xristos Kyrios*, se estaba colocando en la posición de saberse pecadora de un modo que no le era posible al resto de la sociedad. Y cuando la iglesia de hoy declara que Jesucristo es el Señor se está colocando en la posición de saberse pecadora de un modo en que ninguna otra comunidad o sociedad se sabe pecadora. Esto nos lleva a la tercera dimensión que es importante recalcar al tratar sobre qué es eso de confesar. La primera es la confesión de pecado. La segunda es la confesión de fe. Y la tercera es la confesión de esperanza.

Cuando hace unos minutos hablábamos del señorío de Jesucristo sobre la historia, decíamos que no se trata únicamente de la historia pasada, de la que nos enseñan en la escuela o leemos en los libros. Se trata también de la historia presente. El Señor que abrió camino en el mar, el Señor que construyó calzada en el desierto, el Señor que en su resurrección derrotó a todos los poderes de su tiempo, sigue marchando delante de nosotros, abriendo los mares, haciendo

calzada en el desierto, marchando con nosotros hasta los antros mismos del infierno—y los sigue haciendo por profundos que parezcan los mares, por áridos que sean los desiertos, por terrible que sea el poder de la muerte. El Señor de la historia pasada es también Señor de la historia presente.

Pero todavía falta lo más importante. Jesucristo es también Señor de la historia futura, del acontecer futuro, de los destinos de cada ser humano, de los destinos de cada átomo y de los destinos todos del universo. Y esto también tiene que ver con la confesión. Porque en última instancia todas nuestras confesiones presentes—nuestras confesiones de pecado, así como nuestras confesiones de fe—no son sino práctica para la gran confesión futura, para el día cuando ante Jesucristo se doble toda rodilla de los que están en la tierra, y de los que están en los cielos, y de los que están por debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre.

Una iglesia que confiesa no es entonces solamente una iglesia que reconoce su pecado; no es ni siquiera una iglesia que afirma su fe. Una iglesia que confiesa es una iglesia que en su vida, en sus doctrinas y en su práctica es un anuncio y anticipo de ese día glorioso de la gran confesión universal: *Xristos Kyrios*—Jesucristo es el Señor. Una iglesia que confiesa es una iglesia que vive, no a partir del pasado, y ni siquiera a partir del presente, sino a partir de esa gran esperanza de la confesión final. En el entretanto, nuestra vida como iglesia ha de manifestar el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús, el cual siendo en forma de Dios no tuvo el ser igual a Dios como cosa

a que aferrarse, sino que se anonadó a sí mismo, y tomó forma de siervo. Y hallado en la condición de siervo, fue hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Una iglesia que confiesa es una iglesia que, como el Señor de todas las confesiones y de la gran confesión final, no defiende su propio poder o su propio prestigio, sino que está dispuesta a tomar forma de sierva, y en esa forma humillarse, de ser necesario, hasta la muerte misma—humillarse, no porque sea bueno humillarse, sino porque al humillarse se acerca precisamente a toda esa humanidad sufrida por la cual Jesucristo mismo se humilló.

Una iglesia que confiesa es entonces una iglesia que sabe, que anuncia, que vive, la gran confesión final, cuando toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que ese Jesucristo que vimos humillado, burlado, crucificado y resucitado, ese Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre. ¡Amén! ¡Así sea! ¡Gloria al Señor de las edades!

AETH